

mor de que puedo amar á otro? ¿por qué este cruel remordimiento que usted ha adivinado?

—¿Tiene usted confianza en mí, Margarita?—dijo don Justo, contestando con esta pregunta á las preguntas de la joven.—¿Me cree usted bastante amigo suyo para confiarme su destino?

—¿Y puede usted dudarle?—exclamó la doncella con un ademán de dolorosa admiración.—¿Hay en el mundo otro ser que se interese por mí? ¿No ha sido usted el mejor amigo de Alberto y me honra con el título de hija?

—Pues bien, hija mía: mañana por la noche saldremos para Italia; bajo aquel hermoso cielo recobrará usted en breve la alegría del alma y la paz del corazón: su quebrantada salud hace además preciso este viaje.

—Sea como usted quiera, padre mío; sé que, obedeciéndole, obedezco á Alberto. ¡Ya no tengo en el mundo más amparo que usted!

Una lágrima involuntaria humedeció los grandes y severos ojos de don Justo, quien la enjugó fieramente con el dorso de su enflaquecida mano. Levantóse, y estrechando las de Margarita, salió para tomar su berlina azul, tirada por cuatro hermosos alazanes.

—¡A casa!—dijo, al subir, al cazador cubierto de oro que le abrió la portezuela.

Este transmitió la orden al obeso auriga, que ocupaba su asiento majestuosamente, y el coche tomó al trote el camino de Zaragoza.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### LA CELDA DEL PADRE AMBROSIO

Al expirar aquel día, un religioso de la Orden de la Merced, á juzgar por sus hábitos blancos, subía lentamente una pequeña cuesta que conducía á un monasterio.

Tú, lector mío, por muy joven que seas, te habrás encontrado en el campo alguna tarde de estío, cuando la luz del día se retira lentamente para dar lugar á las sombras de la noche.

¿No ha quedado grabada en tu alma la memoria de tan hermoso espectáculo? Si eres joven, ¿no has evocado el recuerdo del objeto de tu amor? Si eres anciano, ¿no te ha parecido escuchar, entre los indefinibles murmullos, la voz de tu hijo ausente ó perdido? Si eres niño, ¿no has sentido alegría al ver el cielo azul, que van bordando luceros de oro?

Yo he sentido lo que ahora te pregunto. Sentada en medio de los campos, en las apacibles tardes del estío, las horas han corrido para mí con indecible rapidez; he olvidado, durante esas horas, todas mis tristezas presentes, los dolores ya sufridos, y los presentimientos melancólicos del porvenir; con la mirada fija en el cielo, ó ab-

sorta en el vago y quimérico infinito, he visto desaparecer hasta la dulce melancolía que forma parte integrante de mi ser... ¡Oh, qué bueno es Dios en darnos esas misteriosas horas de encanto y de quietud! . . . . .

El religioso caminaba, sin que pareciese comoverle en lo más mínimo el hermoso cuadro que tenía ante los ojos. La senda, que seguía, blanqueaba como una larga cinta en medio de los extensos campos cubiertos de verdor, y veíanse al fin de ella las torres del monasterio. Oíanse confundidos con el canto de los labradores, que todavía no habían dado fin á sus tareas, los esquilonos de los rebaños que los pacíficos pastores iban á encerrar en los establos; y el dulce y triste balido de los corderillos que llamaban á sus madres, se mezclaba con el monótono ronquido de las ranas, que asomaban sus descarnadas cabezas para mirar la antorcha de la noche, que iba á reflejar en el agua su luz débil todavía.

Viejos y frondosos olivares extendían á ambos lados sus negras sombras, y ocultas en las ramas, cantaban incesantemente las cigarras. Descubríase á lo lejos el río, como un gran espejo, y el ruiseñor dejaba oír de cuando en cuando sus amorosos trinos.

En medio de aquel hermoso panorama se destacaba vigorosa la austera figura del monje que

subía la cuesta lentamente. Con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza inclinada, y echada la capucha sobre la frente, no contestaba á los respetuosos saludos que le dirigían las gentes del campo, porque ni siquiera las veía; apenas se percibía sobre la yerba el ruido de sus pasos y el vago rumor que producían las flores que cubrían el suelo, al doblarse por el ligero roce de su largo manto blanco.

De esta suerte llegó á las puertas del monasterio: llamó con mano fuerte, y un lego vino á abrir, inclinándose después profundamente; el religioso contestó con un leve movimiento de cabeza y echó á andar por las sombrías galerías, donde se abrían las puertas de las celdas: al llegar á una señalada con una A..., sacó una llave y la abrió, volviendo á cerrar en cuanto estuvo dentro.

Aquel aposento, iluminado por una gran ventana, aunque era bastante espacioso, causaba una impresión dolorosa por su humildad y desnudez: un pobre lecho, una mesa llena de libros, y una silla, formaban todo su ajuar; las paredes blanqueadas no tenían esa profusión de cuadros y estampas que se advertía en todas las celdas; sólo un hermoso crucifijo del tamaño natural se elevaba sobre la mesa, rodeado de cortinas blancas como la nieve, que hacían resaltar doblemente la amarillenta palidez del sagrado cuerpo de Jesús.

Aquel crucifijo era una obra maestra, y llevaba

el sello de un genio sublime: el artista había divinizado la agonía del Salvador en aquel cuerpo contraído, desfigurado y lívido, en aquel semblante horriblemente pálido, y en aquella mirada de mansedumbre y de perdón.

A la derecha del crucifijo veíase un armario, cuyas puertas de madera oscura estaban incrustadas en la pared: el religioso sacó de su pecho una pequeña llave pendiente de una cinta negra, y la abrió dejando ver en su fondo un gran cuadro rodeado de un magnífico marco, y que debía ser un retrato. Representaba á una mujer ataviada con un traje nupcial y de una hermosura seductora; estaba de pie, y su vestido blanco de encaje dejaba ver otro de raso blanco también. El artista había imitado con una perfección sin igual la transparencia de la blonda y el brillo plateado de la seda. Orlaban la apacible frente de aquella joven dos gruesas trenzas de cabellos castaños, que armonizaban perfectamente con sus negros y melancólicos ojos, rodeados de larguísimas pestañas; una mantilla española de blonda blanca, graciosamente prendida, apagaba algún tanto el brillo dorado de sus cabellos y el débil sonrosado de sus mejillas, acariciando con sus ondas su ligero y esbelto talle.

En la boca un poco triste de aquella joven se dibujaba, sin embargo, una leve y dulce sonrisa, y las líneas de todo su semblante indicaban infinita bondad; mas en sus grandes ojos pensativos

y en su tersa frente, algún tanto estrecha, se retrataba una altivez indomable; sus manos pequeñas y delicadas, cubiertas con guantes blancos, se cruzaban en una actitud llena de sencillez, sosteniendo suavemente la mantilla.

El monje, después de haber abierto de par en par la ventana, que dejó paso á los rayos de la luna, tomó la única silla de su celda, y se sentó frente al cuadro. Poco á poco sus hundidos ojos se llenaron de lágrimas, y juntó sus manos contemplando la pintura con mudo dolor: la expresión de su semblante era la misma terrible amargura que se pintó en sus demacradas facciones el día que vió el retrato de la dama del antifaz en la alcoba del Barón de Medina; y á la verdad que no era de extrañar, pues un observador inteligente con facilidad hubiera adivinado que el mismo original había servido para ambas pinturas.

—Hoy hace trece años—murmuró con ahogada voz y dirigiéndose al cuadro,—hoy hace trece años que volvía á tus brazos loco de amor y de alegría, y sólo encontré tu sepulcro...

Una terrible explosión de sollozos siguió á estas palabras, y el monje ocultó entre sus manos su cabeza.

—Sí—prosiguió después de un largo silencio:—hoy hace trece años que el hombre cuya nobleza y virtud eran proverbiales, se convirtió en una fiera sedienta de sangre y de venganza... y hoy que llega el momento en que puedo apagarla,

tiemblo y vacilo... ¡Ah, no! ¡Venganza! ¡Venganza!—repitió sujetando con ambas manos su abrasada frente.—¿Pero qué es la venganza?... Es la sima donde se hunden los consuelos del presente, las esperanzas del porvenir, y á cuyo borde quedan siempre vivos y más terribles que nunca los recuerdos del pasado; la venganza es un buitre que devora las entrañas del infeliz que la desea ó la consigue; es... ¡la maldición de Dios!

Estas últimas palabras se escaparon en un grito doloroso que pareció desgarrar la garganta de aquel hombre.

—Y sin embargo—prosiguió,—yo, el noble y activo Marqués de Santa Fe, he querido vengarme y he puesto todos los medios posibles para conseguirlo; yo, Luis de Girón, cuya generosidad ha pregonado la fama por toda la Europa, he sido asesino de intención, y sólo á la piedad de Dios debo el no estar manchado de sangre... Y aun ahora ¿no medito también en la venganza? ¿qué nombre merecen si no mis designios?

Calló de nuevo, y sus ojos quedaron clavados en el apacible y hermoso semblante de la joven del retrato.

—¡Oh! ¡Isabel mía!—exclamó,—¿por qué te he perdido, á ti, que eras mi ángel bueno? Aún al mirarte creo que penetra en mi alma un rayo de alegría, y me parece que soy menos infeliz; aún te veo como hace catorce años, como el día que te uniste á mí con eternos lazos.

El religioso se deslizó de la silla, cayendo arrojado y vertiendo copioso llanto.

—Mas tú no quieres víctimas, ¿no es verdad, Isabel?—continuó con angustioso anhelo.—Tú no me sonreírás ya, si consumo el crimen que medito...

Y el religioso quedó mirando al retrato en una actitud de amarga meditación; después gritó de repente:

—Pero ¿y tu hermano, Isabel? ¿Y Adriano, que funda en mí víctima todas sus esperanzas de ventura? ¿Qué será de él si vence la virtud de esa mujer?

Aquel hombre quedó de nuevo absorto en una meditación profunda; levantando por fin la cabeza, que había tenido inclinada sobre el pecho, dijo con voz firme:

—¡Que decida la justicia de Dios!

En seguida cerró las puertas del armario, hizo lo mismo con las de la ventana, y se dejó caer sobre su humilde lecho.

## CAPÍTULO TERCERO

### EL CAUTIVO

Comenzaba apenas el sol á dorar las copas de los más altos árboles del jardín, cuando el religioso salió de su celda, y después de cerrar cuidadosamente y de guardar la llave, se dirigió á otra puerta, donde llamó suavemente.

—¡Adelante!—dijo una voz sonora.

El padre Ambrosio, pues éste es el nombre que se le daba en el convento, entró, cerrando tras sí.

El aposento donde acababa de penetrar era cómodo y espacioso: amplias colgaduras de muselina caían delante de la ventana, por la cual se descubría la campiña; las entreabiertas puertas de la alcoba permitían ver un elegante lecho, rodeado de cortinas; una mesa de escritorio ocupaba el lienzo de pared que hacía frente á la alcoba, y cerca de ella se abría otra puerta que daba paso á un pequeño gabinete de vestir; una bonita pero sencilla sillería, un gran sillón forrado de raso azul y algunos cuadros de Wateau, que representaban escenas pastoriles, completaban el adorno de esta sala.

A pesar de aquella apariencia de lujo, las paredes no estaban pintadas, ni había tampoco al-

fombras sobre el pavimento, formado de caprichosos azulejos.

Contemplando sin duda el majestuoso espectáculo del amanecer, estaba un hombre sentado junto á la ventana; al ruido que hizo el padre Ambrosio para abrir la puerta, se levantó y dejó sobre la mesa un libro abierto que tenía en la mano: parecía contar de treinta y seis á treinta y siete años, y toda su figura presentaba un magnífico tipo de hermosura.

Era alto; todavía no habían perdido sus formas la esbeltez de la juventud, conservando, por el contrario, una maravillosa elegancia; sus espesos cabellos negros se rizaban naturalmente en lustrosos bucles, que acariciaban sus morenas sienes y despejada frente, en la que brillaban la inteligencia y la bondad; sus espléndidos ojos, de un negro intenso y aterciopelado, tenían una irresistible seducción; formaban sus espesas cejas dos arcos tendidos, y su nariz, aunque perfecta y delicada, era movable y se dilataba con frecuencia, signo seguro de una naturaleza apasionada; un espeso y rizado bigote, negro como el cabello, daba á aquel hermoso semblante un aspecto fuerte y varonil, que dulcificaba su melancólica sonrisa. Sólo una cosa desfiguraba algún tanto la belleza de aquel hombre: era una ancha y profunda cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda, empezando en la nariz y concluyendo cerca de la oreja.

Al ver al padre Ambrosio, se adelantó algunos

pasos para recibirle, después de cruzar sobre el pecho su ancha bata de raso gris.

—Siéntate—dijo el religioso:—tenemos que hablar.

El caballero obedeció y un ahogado suspiro se escapó de su pecho.

—He esperado hasta hoy para esta conferencia—continuó el monje,—porque mi deseo era verte completamente restablecido, á fin de que no te fueran perjudiciales las emociones fuertes que necesariamente debe causarte.

—¡Ah! ¡cuán bueno y noble ha sido usted para mí, señor!—exclamó con voz conmovida el Barón de Medina, á quien habrán ya reconocido mis lectores:—¡qué generosidad ha usado con su enemigo!

—Te equivocas, Alberto—repuso el religioso con grave y reposada voz.—Mientras has estado luchando entre la vida y la muerte, no eras mi enemigo: eras sólo mi hermano que sufría, y á quien yo perdoné de todo corazón al verte cercano á expirar. Hoy has vuelto á la vida por efecto de mis cuidados, y mi ofensa renace contigo. Vengo á buscarte, pues, para un segundo desafío: si me vences, te perdonaré de todo corazón y para siempre delante de Dios, porque creeré que Él te ha perdonado también; si venzo yo, que el Señor se apiade de ti.

—Pero... ¿y ella?—preguntó con ansiedad el Barón de Medina.

—Cuando me llamaron para asistir á tu agonía—prosiguió el monje sin contestar á aquella pregunta,—estaba muy lejos de pensar que vivías, porque creí haberte muerto al pie de este monasterio; al reconocerte, mi ardiente sed de venganza se despertó de nuevo, y quise que mi anatema te precipitase en el infierno; mas al verte moribundo demandarme perdón, al oír el congojoso estertor de tu agonía, un sentimiento de piedad dolorosa penetró en mi alma y te perdoné.

—¡Oh!—exclamó Alberto;—todavía creo escuchar aquel acento de misericordia.

—Lo que yo creía tu agonía no era otra cosa que una crisis que debía volverte la salud, después de trece años de padecimientos; y al comprenderlo así, sentí encenderse de nuevo mi odio contra ti, y un pensamiento repentino surgió en mi mente: al ver á Margarita tan bella, tan inocente y adorable; al comprender tu ciega pasión por ella, quise herirte como me habías herido, y volverte mucho más daño que el que me habías causado; ¡sí, mil veces más! porque mi designio era pervertir el cándido corazón de esa doncella, hundir su virtud en el fango del vicio, que yo intentaba presentarle hermoso y halagüeño. Para esto necesitaba tenerte en mi poder, y derramé en tu boca un licor, cuya virtud conocía, y que podía hacerte pasar por muerto, si tus domésticos ó Margarita querían verte. Cuando vi que aquéllos no entraban, y que la joven estaba privada de sentido,

rasgué con mi puñal tu mejilla, para que ninguno de los que han vivido cerca de ti pudiera reconocerte, y te conduje aquí encerrado en un ataúd: la recaída fué muy peligrosa, y te he salvado del sepulcro con mis cuidados porque ahora anhelo que vivas tanto como antes deseaba matarte.

—¡Hombre singular!—murmuró Alberto contemplando con doloroso asombro al religioso.

—En cuanto á Margarita—prosiguió éste imperturbable,—me apoderé también de su voluntad fingiéndome tu mejor amigo: la pobre niña, sola, abandonada, abrió su corazón á un afecto, único para ella en el mundo, y confieso que al descubrir los tesoros de su alma de ángel, he renunciado á la mejor parte de mi venganza, y he estado cerca de perdonarte por ella.

—¡Perdón, pues, señor, perdón!—exclamó Alberto juntando las manos con suplicante ademán.—¡Déjeme usted, déjeme usted que vuelva á su lado!

—¡No!—gritó el religioso con dolorosa vehemencia.—¡No!; porque el hombre que la ama, el hombre que te inspiraba tantos temores es el hermano de Isabel, ¿lo oyes? es de la sangre de tu víctima... Ese joven que la amaba ya, cuando la guardaban los muros de Santa Rosa, es aquel niño de larga cabellera que veías siempre junto á la Marquesa de Santa Fe; y ese joven, Barón, ese joven es mi único bien sobre la tierra desde que asesinaste á su hermano.

Alberto no contestó: con los ojos fijos, la boca entreabierta y el semblante cubierto de horrible palidez, se creía juguete de un terrible sueño.

—¡El hermano de Isabel!—murmuró al fin.

—¡Sí, el hermano de Isabel!—repitió el padre Ambrosio.—¿No ves aquí la mano de Dios?

Después de una pequeñísima pausa, y viendo que el Barón, sumido en un abatimiento mortal, tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, procuró dulcificar su acento, y continuó:

—Pero yo soy un enemigo noble, Barón de Medina, y aún te vengo á proponer mi último y decisivo combate, en que fallará la justicia de Dios. Yo amo á Margarita sin poderlo evitar; su angélica virtud ha trocado mis crueles intentos en otros más benignos: no la expondré á las asechanzas del mundo; pero la dejaré sola entre el amor de mi hermano y su corazón... Italia será el teatro de esta lucha: allí nos reuniremos cuatro seres que el cielo formó para ser dichosos, y á quienes una implacable fatalidad hizo enemigos y desventurados; de los cuatro, dos son culpables, y éstos dos lidiarán noble y esforzadamente por la dicha de los otros, que son buenos é inocentes, y la felicidad de éstos quedará á cargo del vencedor... Esta misma noche, Alberto, saldré para Nápoles con Margarita, y tú quedarás en libertad de seguirla. Ella empieza á amar á mi hermano, pero adora tu memoria; si vence aquel amor, la entregaré en los brazos de Adriano, porque yo

puedo anular tu enlace; entonces te diré: «Toma esta doncella que recibió la bendición nupcial para asistir, durante un mes, á la agonía del que le dió su nombre»; mas si tu memoria puede más en su alma, te la entregaré, pura cual la dejaste, y rodeada de una aureola de santidad.

Los ojos del monje habían ido iluminándose poco á poco de un ardimiento generoso, y levantándose y dirigiendo su derecha mano hacia el Barón, continuó:

—¡Ea, pues, Barón de Medina, ya estás libre! Ningún medio te prohibo para conseguir la victoria, como no sea el darte á conocer á Margarita... Despierta sus recuerdos, hazle oír de lejos tu voz... Esta lucha es buena y leal... es noble el combate: prepárate á él, y que decida la justicia de Dios.

Dicho esto, salió del aposento el religioso, mientras que Alberto caía de rodillas, elevando al cielo sus manos unidas y murmurando una oración.

## CAPÍTULO CUARTO

### UN PASEO EN EL RETIRO

¿Quieres, lector mío, acompañarme á Madrid? Poco tiempo estaremos en la coronada villa á fin de que podamos volver á encontrar pronto á Margarita; mas por ahora, abusando de tu condescendencia, retrocederemos juntos é iremos á la corte de España, para que conozcas al joven Adriano de Mendoza, hermano de la Marquesa de Santa Fe.

Ambos eran hijos de un antiguo y distinguido militar, que casó por amor con una joven hermosa y de noble cuna, pero pobre; fué, sin embargo, muy feliz, porque su sueldo bastaba á cubrir con holgura todas las necesidades de su familia, reducida á Isabel y á Adriano, que tenía doce años menos que su hermana y era tan hermoso como ésta.

Quince años contaba la joven y tres el niño, cuando perdieron á su buena madre: el dolor de aquella familia fué extremado, encontrando sólo consuelo en el amor que mutuamente se profesaban.

Tres años después, y en una hermosa mañana de estío, vió el Marqués de Santa Fe á Isabel en el Retiro. Volvía Luis de Girón de recorrer la An-